

incurre en nefastas simplificaciones que le impiden aprovechar el potencial crítico del pensamiento ilustrado y dialéctico, a diferencia, según él, de Adorno. (Como vemos esta argumentación es recurrente en los críticos de Foucault.)

No piensa tampoco Ramón Máiz que el último viraje foucaultiano mejore las cosas, ya que habría que sortear esas indefiniciones, ausencias conceptuales y aporías que él explica y que conducen al filósofo francés tanto a un «positivismo» como a un «esencialismo naturalista», indefiniciones que no son más que el lastre de las concepciones del saber y del poder que no acaba de superar.

La otra alternativa para acercarnos a la última etapa de su filosofía, pero ahora desde una perspectiva netamente foucaultiana, es leyendo el artículo de Francisco Vázquez «La construcción del sujeto deseante. Confesión y técnicas de subjetividad» que en esta ocasión más que hablarnos de o sobre la última etapa de su obra, lo que hace es continuarla. Realizando una exhaustiva investigación personal sobre la concepción de la sexualidad y de las técnicas de sí en la época de la Contrarreforma tridentina, el autor quiere continuar ese análisis –inacabado por Foucault– sobre la época final de la «experiencia cristiana de la carne», época donde se producen grandes cambios y reestructuraciones en relación con el periodo anterior. Se analiza pormenorizada y documentadamente esos desplazamientos de la pastoral contrarreformista que contribuyeron en la misma época que empezaba a gestarse el sujeto epistemológico moderno, a construir también una «subjetividad deseante», que sin ser ni mucho menos la subjetividad burguesa nacida del «dispositivo de la sexualidad», sí que hace posible la cesura que la permitirá.

Tenemos pues la posibilidad de disfrutar con este «espacio de dispersión» compuesto por interesantes, elaborados, documentados y contrapuestos artículos que, como diría Foucault, nos obliga a pensar por nosotros mismos contra nosotros mismos, y por qué no, también con él y contra él nuestro «hoy» político.

Josep A. Bermúdez i Roses es doctor en Filosofía.

Límites de la flexibilidad

Emèrit Bono

La lectura de este libro tiene «duende». Empiezas a leerlo con cierta suspicacia, si no con prevención (flexibilidad laboral frente a trabajo fijo, la evanescente empresa-red frente a la empresa de siempre, etc.), pero a medida que avanzas en su lectura, los documentados argumentos del autor te van ganando, impregnando, y empiezas a sentir cierta fascinación al observar la habilidad y rigor con que Martin Carnoy va desgranando la incidencia transformadora de la economía flexible (innovación y tecnología de la información más competencia globalizada) sobre los mercados laborales tradicionales, los mecanismos de cohesión de la institución familiar y de la convivencia colectiva. Pero Carnoy no se queda ahí: a los procesos de fractura social que genera la economía flexible, la llamada nueva economía, contrapone la necesaria reconstrucción de las redes sociales de cohesión social a través, especialmente, de la configuración de comunidades de conocimiento.

Como advierte Manuel Castells en su magnífico prólogo, «la flexibilidad productiva que está en la base de la nueva economía y la individualización de las relaciones sociales que está en la base de la sociedad red quebrantan el fundamento de la sociedad como sistema de convivencia colectiva».

¿Fin del trabajo como consecuencia de la sociedad informacional?

¿Las nuevas tecnologías sustituyen mano de obra? ¿Aumenta la descualificación de los trabajadores? ¿Se puede hablar del «fin del traba-



Martin Carnoy

El trabajo flexible en la era de la información, prólogo de Manuel Castells, Alianza, Madrid, 2001, 289 pp.

jo», como hace Rifkin? Lo primero que aborda Carnoy son estas cuestiones. Citando un trabajo de R. Barnet indica que dos creencias persistentes resurgen en períodos de cambio económico. «Una es que las nuevas tecnologías sustituyen a los trabajadores, lo que conduce a una demanda de trabajo reducida y, por tanto, a una escasez de empleos. La segunda es que la nueva tecnología rebaja la cualificación de la mayoría del trabajo, lo que resulta en salarios inferiores y en la degradación de los trabajadores. Estas creencias proceden de observaciones de la trayectoria de empresas concretas a corto plazo o del efecto de las innovaciones que se requieren en determinados procesos productivos.»(p. 35).

En la misma dirección se mueve la tesis de Rifkin, que predice un futuro sin empleo derivado de la nueva tecnología: «...las nuevas tecnologías basadas en la informática prometen reemplazar a la propia mente humana, sustituyendo a los seres humanos por máquinas pensantes en todo el espectro de la actividad humana».

Después de un análisis exhaustivo y comparativo entre los países de la OCDE en relación al crecimiento de empleo y del desempleo y las nuevas tecnologías, Carnoy llega a la conclusión de que «culpar a la tecnología del elevado desempleo o de la descualificación laboral, incluso de la disminución de los salarios de las personas menos formadas, es hacer ciencia social simplista y contumazmente equivocada. Es determinismo tecnológico de la peor especie. La tecnología, claro está, cambia el trabajo, pero es erróneo sostener que la mayor difusión de la nueva tecnología es el origen de las dificultades de Francia, Alemania e Italia (así como de Bélgica y España o, ya puestos, de Estados Unidos y Holanda) para mantener simultáneamente el empleo y el aumento de los salarios. El modo en que los gobiernos han estructurado su política macroeconómica, regulativa y laboral como respuesta a la nueva competencia global y la manera en que las empresas organizan el trabajo dentro de ese marco también desempeñan un papel clave a la hora de determinar qué lugar acaban ocupando los países en el espectro de la creación de empleo y el aumento salarial.»(p.74).

En definitiva, la reorganización laboral no tiene tanto que ver con cuántos trabajadores tienen empleo, sino más bien con cómo son empleados. El dilema económico del actual período histórico no es el fin del empleo, sino la transformación del trabajo.

Los procesos de transformación del trabajo

¿Y cómo se produce esta transformación del trabajo? Según Carnoy los dos elementos claves son la flexibilidad del proceso laboral y la interconexión en redes de las empresas y de los individuos dentro de las empresas. Y precisa: «por flexibilidad entiendo que los cometidos laborales y el tiempo de trabajo puedan adaptarse constantemente a productos, procesos y mercados cambiantes. Eso hace a los trabajadores cada vez más autónomos en el proceso laboral. Las empresas exigen una cualificación superior, capacidad de autoprogramarse, responsabilidad individual y disposición a seguir planes flexibles y trabajar jornadas más prolongadas. Las empresas también aflojan los lazos que las ligan a los trabajadores. El objetivo es lograr una mano de obra *just-in-time* que permita a las empresas aumentar el número de horas (y trabajadores) cuando aumente la demanda y reducir el número de horas cuando caiga ésta. En la práctica, eso quiere decir más trabajo eventual y a tiempo parcial, así como más contratos de obra con trabajadores por cuenta propia.» (...) «Por interconexión de red me refiero a una nueva lógica empresarial, en la que las jerarquías y formas organizativas cambiantes se basan en conexiones interactivas entre diferentes niveles y puestos dentro de la empresa, entre empresas y dentro del mercado. Las nuevas tecnologías de la información permiten una mayor flexibilidad e interconexión; y la globalización fomenta la interdependencia, la interacción y la constante adaptación a un entorno siempre cambiante. Este entorno afecta a los trabajadores de las empresas, creando una cultura de redes individuales a través de las empresas.»(pp. 79 y 80).

La nueva relación entre la gestión empresarial y el trabajo fue posible gracias a las nuevas formas de organización facilitadas por el uso de las poderosas tecnologías informacionales.

En concreto «la facilidad de combinar y separar simultáneamente el trabajo en proyectos y tareas específicos en cualquier lugar y en cualquier momento sentó las bases de la empresa virtual como entidad funcional. A partir de ese momento, de lo que se trataba era de superar la resistencia institucional a esa lógica organizativa. El extraordinario aumento de la flexibilidad y la adaptabilidad que permitían las nuevas tecnologías superó la oposición del trabajo a la movilidad del capital. A esto siguió la incesante presión empresarial para flexibilizar cada vez más la contribución del trabajo. Se aumentaron la productividad y la rentabilidad, aunque el trabajo perdió su protección institucional y se hizo cada vez más dependiente de la capacidad de negociación individual en un mercado laboral en cambio constante. El trabajo se individualizó. La sociedad se diferenció, como había ocurrido durante la mayor parte de la historia humana, entre ganadores y perdedores en un proceso infinito de negociación desigual.»(p. 98).

Pero la mayor flexibilidad laboral, las presiones competitivas de las economías globalizadas, las nuevas tecnologías, ¿han jugado un papel en la disminución de salarios...? Depende. En algunos casos sí -en los trabajadores poco cualificados- y en otros, no -cualificación de la mano de obra-. En cualquier caso, Carnoy explicita las conclusiones de determinados estudios. En concreto, la desigualdad redistributiva no aumentó tanto, especialmente en el extremo inferior de la escala salarial, en países como Canadá, Francia y Alemania, expuestos a cambios parecidos en la demanda relativa de trabajadores escasamente cualificados. Y no sucedió por el aumento de los salarios mínimos y el mantenimiento de un poder negociador más equilibrado entre empresarios y trabajadores que evitó que los salarios de los trabajadores poco cualificados disminuyeran significativamente en aquellos países.

Otro estudio, relativo a Estados Unidos, indica que la desindustrialización y la erosión del valor real del salario mínimo son responsables, en un 50 o en un 70 por ciento, del aumento de la desigualdad salarial entre 1979 y 1988. Am-

bos estudios «aportan pruebas sólidas de que el contexto institucional y las políticas del gobierno y el comportamiento empresarial resultante no sólo pueden afectar a la distribución de la renta, sino también a los salarios de determinados grupos de trabajadores. Estas influencias pueden ser más poderosas que la influencia de la tecnología; es decir, pueden configurar de forma fundamental las estrategias salariales empresariales en el proceso de cambio tecnológico. También pueden configurar el cambio organizativo asociado a la introducción de la alta tecnología. El cambio organizativo, a su vez, está íntimamente vinculado a las estrategias salariales, el desarrollo de formas “flexibles” de producción y la interpretación del significado de la competitividad y la rentabilidad». (pp. 121 y 122).

La nueva economía y la transformación de la familia

Por otro lado, un entorno laboral flexible requiere un adecuado sistema institucional de apoyo. Los puntos de estabilidad tradicionales de los trabajadores han sido la familia nuclear y la comunidad local que ahora se ven sometidas a profunda transformación, consecuencia de esa misma economía flexible. ¿Qué transformaciones están sufriendo estas instituciones de apoyo a la socialización? ¿Qué nuevas formas de reintegración social están emergiendo o podrían emerger?

Carnoy advierte que desentrañar el significado de este proceso combinado -la reestructuración simultánea del trabajo y de la familia- para la vida cotidiana de los 800 millones de hombres y mujeres que viven en los países postindustriales no es sencillo.

Ocurren muchas cosas al mismo tiempo. Carnoy precisa que:

«La familia está atravesando un cambio profundo. En todo el mundo, las mujeres exigen y logran nuevos “derechos”, como igualdad de acceso al trabajo remunerado (si no a igualdad de salarios) y una transformación de las relaciones tradicionales dentro de la familia. En todos los países desarrollados parece que las mujeres, hoy, están mucho menos dispuestas a dedicar su vida a la crianza de sus hijos que las

mujeres de hace una generación, si bien los cambios en la familia varían mucho entre los países desarrollados.»

«Los mercados laborales también se están transformando, y estos cambios varían de un país a otro. La variación parece estar relacionada con los cambios (o falta de cambio) en la estructura de la familia. Las nuevas transformaciones del entorno laboral ¿están difundiendo y acelerando los cambios en la familia? Eso suscita la pregunta de si las actuales medidas de las empresas para hacer más flexibles los mercados laborales están entrelazadas con o dependen de una *flexibilidad* mucho mayor de las familias.»

«La transformación de los mercados laborales plantea nuevas demandas a las familias. Para una nueva adaptación a mercados laborales flexibles, los trabajadores necesitan tener extensas redes de información. Los trabajadores más y mejor educados son más capaces de adaptarse al cambio, tienen mejor acceso a la información y poseen redes más amplias y mejores opciones.» (...) «Las familias que carezcan de la capacidad de tomar decisiones informadas o de los recursos para llevarlas a cabo están igualmente abocadas a la flexibilidad, pero de un modo mucho menos sostenible.» (p. 137).

De todo ello se deriva una grave contradicción social: «el nuevo entorno laboral requiere inversiones en conocimiento superiores a las del pasado, y las familias son cruciales para esta formación del conocimiento, especialmente de los niños, pero también de los adultos. El nuevo entorno laboral, sin embargo, contribuye a una mayor inestabilidad en la familia nuclear centrada en los hijos, degradando la misma institución que es crucial para mantener el desarrollo económico.» (p. 138).

Si el ser padre en la economía global requiere mucha más información de la que se precisaba en el pasado, y es mucho más lo que se juega en el éxito educativo de los hijos, los padres con un nivel educativo inferior están en desventaja para ofrecer a sus hijos lo que necesitan para un buen rendimiento escolar.

Este problema potencial se agrava, según Carnoy, por otros tres factores. «El primero es

que en algunos países de la OCDE la distribución de la renta se ha hecho más desigual que en la generación pasada, al haberse estancado o incluso disminuido los ingresos reales de las familias de nivel educativo inferior... El segundo es que en algunos países un elevado porcentaje de mujeres cabeza de familia no son pobres sólo porque las mujeres obtienen salarios inferiores, sino también porque tienen niveles educativos bajos. El tercer factor es que en algunos países la inversión pública en la atención y educación temprana de los niños es escasa. Con estas tres circunstancias, la capacidad de los hijos de las familias con un nivel educativo inferior para escapar a la pobreza es la excepción más que la regla.» (p. 163).

Para evitar esta situación de desigualdad, Carnoy propugna que «el Estado (una vez más, porque es la única institución que tiene la capacidad de movilización de recursos para hacerlo) también ha de garantizar una asistencia sanitaria de alta calidad para todos los niños, incluso antes de que nazcan, y tiene que invertir en la formación de los padres respecto a las responsabilidades y capacidades que requiere la paternidad.» (p. 180).

Pérdida y transformaciones de los mecanismos de cohesión social

El desvalimiento del individuo necesita de un sentido de pertenencia que le proporcione seguridad, y esa es la función de la familia y las entidades nacionales y locales. La nueva economía flexible transforma aquellas relaciones. Hemos visto su incidencia en la familia nuclear. Se trata ahora de observar qué pasa con otras entidades.

Carnoy observa que los derechos y normas de la autodeterminación política dentro de las fronteras geográficas se han convertido en un aspecto importante de la identidad en las sociedades de la modernidad tardía y, de forma concurrente, son una de las fuentes de legitimidad de los Estados nación, que los distingue de las naciones menos avanzadas. Son los derechos y los marcos institucionales que los desarrollan parte integrante de las identidades nacionales de los individuos.

Pues bien, según Carnoy «las identidades nacionales, tal como se expresan en los vínculos éticos que ligan, por ejemplo, a un estadounidense o a un sueco con otro, se modifican con el tiempo. Hace sólo unas pocas décadas, los estadounidenses parecían más comprometidos con la reducción de la pobreza y las diferencias raciales y de clase. A finales de los sesenta, la distribución de la renta en los Estados Unidos no era mucho más desigual que en Suecia. Hoy, en los Estados Unidos el énfasis se ha vuelto a desplazar al “mérito individual”, un eufemismo para expresar la menor responsabilidad colectiva hacia aquellos que tienen dificultades para lograr el éxito material y social. También los suecos parecen menos convencidos de que tienen una obligación ética para ayudar a todos aquellos suecos que tienen dificultades para adaptarse a la sociedad postindustrial. El mayor peso del “individualismo” en ambas sociedades, aunque parte de niveles muy distintos, señala una tendencia importante en toda la OCDE, que indudablemente afectará al modo en que las personas de cada país se relacionen entre sí y constituyan comunidad.» (pp. 190-191).

En todo caso los argumentos más obvios a favor de la disminución de la identidad nacional se refieren a la actual comprensión del tiempo y del espacio que la tecnología de la información y de la comunicación generan. En este sentido, el sentido de pertenencia del individuo se va globalizando y multiculturalizando.

Por otro lado, «los datos señalan una transformación fundamental en la identidad local y en el significado de la comunidad local. La transformación se inició antes de la globalización, pero la globalización la exacerba. Parece que la asociación cívica, que ha aportado un elevado grado de confianza social en los Estados Unidos, se está erosionando. Puede que esto también esté ocurriendo en Europa y en Japón. Sin embargo, puede que la nueva individualización del comportamiento cívico y político sea más sofisticada y discriminadora que la antigua. Parece que está produciendo nuevas formas de participación centradas en temas específicos más que en grupos tradicionales o intereses de cla-

se. Parece que también esté produciendo nuevas formas de asociación o al menos una disposición a participar en estas asociaciones. Por consiguiente, es una historia con dos facetas: la globalización contribuye a una mayor individualización y a una erosión de la comunidad y de las estructuras cívicas que contribuyeron a integrar a los trabajadores industriales y del sector servicios durante la era industrial. Sin embargo, esa misma individualización, cuando se acompaña de mayor educación y mayor información, puede significar que las comunidades emergentes pueden constituirse en grupos política y socialmente eficaces, con nuevas entidades cohesivas que satisfagan las necesidades individuales en la era de la información. La cuestión principal, por tanto, es cómo serán estas nuevas “comunidades” del futuro globalizado.»(pp. 205-206).

Las nuevas comunidades emergentes

No obstante, según Carnoy, la búsqueda de conocimiento que es la característica de la era de la información global está generando nuevos vínculos que mantienen unidos a los individuos. Es razonable pensar que la identidad individual y la búsqueda de comunidad se derivarán de esta necesidad de conocimiento e información. En este sentido tres tipos de comunidades de conocimiento están emergiendo: comunidad de autoconocimiento, comunidad de uso de conocimiento y comunidad de producción de conocimiento. Esta última constituye, a mi juicio, la más novedosa e importante aportación de M. Carnoy.

Los principales centros de producción de conocimiento en la mayoría de las ciudades siguen siendo las escuelas y universidades. No obstante, las actuales condiciones de urbanización —dispersión y suburbialización— y la transformación de la sociabilidad han reducido el potencial de integración de las comunidades locales, reduciendo también su capacidad organizadora de la producción de conocimiento.

Por ello, Carnoy asevera que «los propios centros de producción de conocimiento pueden ser el espacio organizador de las nuevas comunidades. Tal vez, individuos y familias ya no es-

tén vinculados socialmente a una comunidad local determinada, pero los que tienen hijos están cada vez más ligados a las guarderías, centros preescolares y colegios. Los padres que trabajan, en Europa y ahora también en los Estados Unidos, dedican cada vez más tiempo a seleccionar guarderías y colegios para sus hijos dentro o fuera de su zona inmediata de residencia y transportándoles allí. Padres e hijos establecen amistades y actividades sociales y cívicas en torno al cuidado y aprendizaje de sus hijos, con independencia de dónde tengan lugar. Por tanto, su espacio “comunitario” se define por el lugar de cuidado y escolarización de sus hijos más que, necesariamente, por su lugar de residencia. Al mismo tiempo, si coinciden el centro de residencia y aprendizaje, esa localización es la principal para establecer los vínculos de la comunidad local.

»Padres e hijos no son los únicos que organizan sus actividades en instituciones de aprendizaje. Los adultos que retornan a las escuelas postsecundarias para cambiar de carrera laboral o reciclarse profesionalmente, inmigrantes que necesitan aprender el idioma y otro tipo de educación que contribuya a su asimilación y movilidad social, así como una formación que les permita ayudar a que sus hijos logren el éxito escolar, y personas mayores que desean mantenerse intelectualmente activas y buscan relacionarse en comunidad a través del aprendizaje, son grupos que consideran los centros de producción de conocimiento como lugar primordial de su vida social.

»De este concepto de comunidad emergen dos implicaciones importantes. La primera es que los movimientos sociales que tratan de reconstruir la comunidad convierten a los centros de producción de conocimiento en foco de su actividad organizativa. Si lo que importa a los padres y adultos es el aprendizaje, los movimientos sociales no pueden esperar tener éxito si ignoran la producción de conocimiento. La segunda implicación es que las escuelas se están transformando. Las escuelas están en vías de transformarse en centros comunitarios, porque se encuentran en el centro de la “nueva comunidad” aquí descrita.»(pp. 220-221)

La propuesta de Carnoy

Por último, para desarrollar las instituciones de conocimiento e información que requiere el entorno flexible que está emergiendo, Carnoy explicita tres líneas de propuestas. «La primera es que, aunque los intermediarios no gubernamentales pueden ser importantes, el gobierno seguirá desempeñando un papel clave en la integración social. Ese papel se transformará, tanto espacialmente como en lo que se refiere al tipo de programas relevantes para sostener la nueva organización del trabajo y de la familia. No obstante, los servicios financiados y gestionados por el sector público como tal seguirán siendo cruciales para las comunidades reestructuradas de la era de la información. La segunda premisa es que la integración social en el entorno laboral competitivo y flexible de la era de la información tendrá lugar principalmente a través de actividades relacionadas con el conocimiento, incluyendo las que afecten a la capacidad de aprender e innovar de las personas, como la asistencia sanitaria básica y el desarrollo de las primeras etapas de la infancia. Incluso aunque se mantengan redes de seguridad social —principalmente, las que garanticen la jubilación—, las organizaciones gubernamentales y no gubernamentales orientarán sus actividades a la construcción de conocimiento. Serán sobre todo estas actividades las responsables de mantener los puestos de trabajo, las familias y nuevas formas de integración comunitaria. La tercera premisa es si aquellas sociedades que no sean capaces o no quieran desarrollar políticas coherentes y construir instituciones relevantes, socialmente integradoras, se resentirán económicamente. Doy por supuesto que la producción flexible es uno de los fundamentos del éxito económico en la era de la información global; el otro es una política que sostenga eficazmente la flexibilidad. No se trata únicamente de que algunas sociedades serán lugares más agradables, cohesivos e interesantes para vivir, sino que, además, a largo plazo, aquellas que consigan actuar conjuntamente también lograrán una mejor situación económica.»(pp. 229-230).

Consideraciones generales al libro de Carnoy

Creo que el análisis documentado que lleva a cabo M. Carnoy sobre la nueva economía y la concomitante flexibilidad del mercado laboral constituye una aportación importante y sugerente, pues pone un cierto orden a ese mundo encandilado por las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, el proceso de globalización. Junto a los hechos que aduce, bien trabados estadísticamente, Carnoy explicita los peligros, los nuevos problemas que se están generando para la cohesión social y las posibles consecuencias que ello puede tener para la propia pervivencia de la nueva economía. Sus propuestas, de auténtico reformador, son audaces y realistas, pues emergen de la propia textura de la nueva economía.

No obstante, me gustaría terminar esta reseña con unas breves consideraciones de índole general.

1. La línea argumental que sugiere el fin del trabajo como consecuencia de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, difícilmente se sostiene si aceptamos los datos que aporta este estudio. Es más, el método comparativo y estadístico general empleado por Carnoy nos permite tener una visión más completa y compleja del fenómeno de la interacción de las nuevas tecnologías y el empleo, aspecto este último que no es posible con el método de estudio de casos utilizado por Rifkin y otros, pues no se puede confundir la trayectoria de algunas empresas (que sustituyen empleo por tecnología) con la tendencia general de la industria y los servicios. Creo que en este sentido, el trabajo de Carnoy es sumamente interesante por su clarividencia.

2. Creo que el análisis de M. Carnoy también adolece de una cierta simplificación pues, si bien compara los diversos países de la OCDE, el país subyacente a dicha comparación es EEUU. En el fondo, viene a decir que la diferencia entre EEUU y el resto de los países de la OCDE es un problema de matices y de tiempo: finalmente todos los países de la OCDE convergerán con el modelo norteamericano.

A mi juicio, esto puede suceder pero no es seguro. Precisamente, las crisis y desaceleracio-

nes que la economía mundial está sufriendo desde 1997 hasta ahora, han puesto de relieve la diversa incidencia que aquella desaceleración está provocando en los países de la OCDE. Esa incidencia tiene unos grados de diferenciación que van más allá del matiz y del tiempo. Son consecuencia de la forma diversa de recepción del capitalismo. Y esa recepción no es sólo económica, sino también cultural y política. El capitalismo japonés y europeo tiene unas peculiaridades que los diferencian profundamente del americano.

¿Son diferencias irreversibles? No lo sabemos. Pero de momento son suficientes, a mi juicio, como para matizar la posición homogeneizada que se deduce del libro de Carnoy (a veces él mismo apunta esas diferencias, por ejemplo, en las escuelas materno- infantiles europeas públicas...).

3. Otra cuestión interesante a poner de manifiesto la constituye la preocupación de Carnoy por los problemas que emergen de la nueva economía que transforma los mecanismos de integración social hasta ahora vigentes. La propuesta reformadora que realiza de la comunidad de producción de conocimientos como una posible rearticulación de un nuevo tipo de comunidad que genere otras formas de integración supone, a mi juicio, una apuesta importante, no exenta de diversos problemas. En efecto, toda una serie de sociólogos e investigadores –Giddens, Putman, Beck, Wellman, Carnoy y Castells– han puesto de manifiesto el surgimiento de un nuevo sistema de relaciones sociales centrado en el individuo. Recientemente, Manuel Castells (*La Galaxia Internet*, Plaza Janés, 2001) ha indicado, siguiendo a Wellman, que el nuevo patrón dominante son las llamadas *comunidades personalizadas*, encarnadas en redes centradas en el yo. Como afirma Castells: «ello representa la privatización de la sociabilidad. Esta relación individualizada con la sociedad es un modelo específico de la sociabilidad, no un atributo psicológico (...). El nuevo modelo de sociabilidad en nuestras sociedades se caracteriza por el individualismo en red.» (p. 150). No obstante, estas redes *on line* que constituyen estas *comunidades especializadas* son formas de sociabilidad cons-

truidas en torno a intereses específicos. Ello tiene como consecuencia que las formas de apoyo social pueden resultar frágiles. Por ello el propio Castells apunta «que desde la perspectiva de la sociedad en su conjunto, mientras algunos observadores celebran la diversidad, la pluralidad y la libertad de elección en este nuevo modelo de sociabilidad, otros, como Putman, temen que se produzca una “ciberbalcanización” que pueda acentuar la disolución de las instituciones sociales y la crisis de la participación ciudadana» (p. 153). Creo que el peligro que señala Putman es bastante cierto. En el fondo de esta cuestión está el problema de qué entendemos por «comunidad». ¿La comunidad es sólo una comunidad de intereses de los que la conforman, de tal manera que unos y otros tienen como único motivo servirse mutuamente? No niego que esta es una forma de comunidad, pero que, a largo plazo, no genera mecanismos de «gratificación» suficientes para el mantenimiento y legitimación de aquel proceso comunitario de intereses específicos, pues finalizados éstos últimos desaparece la «comunidad». Más sugestivo es pensar en la «comunidad» conforme a la idea de que cada uno sirve a sus semejantes no por lo que uno pueda recibir a cambio, sino porque (mi semejante) necesita de mis servicios. En otras palabras «el requerimiento central de la comunidad es que a las personas les importe y, cuando sea necesario y posible, se preocupen por la suerte de los demás. Y también que les importe preocuparse los unos por los otros» (G. A. Cohen, «¿Por qué no el socialismo?», en Gargarella y Ovejero, eds., *Razones para el socialismo*, Paidós, 2001, p. 72). Este concepto de comunidad de G. A. Cohen, ciertamente, va más allá de la pura asociación de intereses, produce gratificación e implica un proceso de integración social bastante más potente. Tal vez habría que profundizar en él a la hora de hacer frente a las fisuras sociales que va abriendo la flexibilidad total que incorporan, como prioridad, algunas versiones de la nueva economía y de la nueva sociedad emergentes.

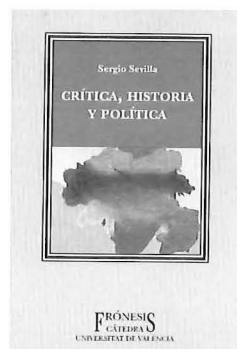
Emèrit Bono es catedrático de Economía Aplicada de la Universitat de València.

Crítica y pluralismo*

Julián Marrades Millet

La crisis de identidad que atraviesa la filosofía —y que afecta tanto a «analíticos» como a «continentales», para decirlo con las categorías que emplea Franca d'Agostini para nombrar las principales sensibilidades filosóficas de las últimas décadas— está marcada por la conciencia de que la concepción de la racionalidad teórico-práctica que inauguró la Ilustración y ha venido gozando durante los dos últimos siglos de una vigencia más o menos indiscutida, ha entrado por fin en dique seco. Como es obvio, esa conciencia no provoca reacciones unánimes. Para referirme sólo a los extremos del espectro, en un lado están quienes abogan por una refundación de la razón fuerte mediante el regreso hacia paradigmas pre-ilustrados; en el otro, quienes han optado por despedirse lisa y llanamente de la razón moderna y consideran inservibles los conceptos que vertebraron el proyecto ilustrado (entre ellos, los de verdad y sujeto). Entre ambas posiciones se abre un espacio para otras opciones que, aun reconociendo y aceptando positivamente los argumentos que cuestionan la teoría moderna de la racionalidad y los ideales prácticos vinculados a ella, no renuncian a reelaborar la noción de razón como un instrumento insustituible en la tarea de avanzar hacia formas de vida social más satisfactorias.

Quienes deseen orientarse en las direcciones que conducen hacia posiciones extremas, tienen adonde recurrir (ahí están, por ejemplo, las tesis comunitaristas de Taylor y MacIntyre, orientadas a la recuperación de concepciones sustantivas de la racionalidad de signo anti-ilustrado; en el otro lado se encuentran las posiciones au-



Sergio Sevilla
Crítica, historia y política,
Madrid, Cátedra-Universitat
de València, 2000, 295 pp.